LA HERMOSA FLORENCIA.

Ginnevra D.

Capítulo 1

RECUERDOS DE ITALIA.

LA HERMOSA FLORENCIA.

Un alemán me decía este verano, con poco respeto en verdad a mi entusiasta amor patrio, que así como sólo hay dos naciones en la historia de la Europa antigua, Grecia y Roma, sólo hay dos naciones en la historia de la Europa moderna, Alemania e Italia, porque ésta ha hecho el Pontificado y aquélla el Imperio; esta la unidad religiosa y aquélla la unidad civil; ésta el arte y aquélla la ciencia.

En vano le mostraba yo el poderío de Inglaterra, su comercio abrazando el orbe, sus naves dominadoras de las olas, el espectáculo de sus libertades en continuo crecimiento, y el sentido práctico experimental que ha llevado a la vida y a la ciencia; en vano le recordaba que Francia fue el verbo de la civilización moderna, que su palabra ha desatado las tempestades, pero también ha encendido la luz, que la levadura democrática por ella mezclada a nuestro ser, ha penetrado hasta en los duros huesos de sus enemigos los alemanes; en vano le hablaba de España, de nuestro suelo providencialmente destinado a ser el anillo entre el Océano y el Mediterráneo, entre el viejo y el nuevo continente; de nuestra raza sintética, que tiene cualidades de semita y del indo-europeo, del germano y del latino a un mismo tiempo; de nuestro cielo que ha engendrado los pintores más realistas, como Velázquez, y los poetas más idealistas, como Calderón; de nuestro pueblo, que ha escrito en la fantasía el poema del Romancero, y en el espacio el poema de la guerra por la Independencia; de nuestro genio que, como Dios, ha creado un mundo. El alemán continuaba diciéndome: desengañaos, no hay más que dos naciones en la historia moderna; Alemania que no nos ha dado la filosofía, e Italia que nos ha dado el arte.

Dejé con su tema al loco, sin recordarle ni Averroes, ni Abelardo, ni Santo Tomás, ni Vives, ni Descartes, ni Pereira, ni Raimundo Lulio, en demostración de que también tenemos nosotros los latinos filosofía, y me consagré a contemplar algunos días esta Italia, de la cual debo pronto separarme para volver a mi hogar y a mi patria. Su geografía os revela en seguida su grandeza. Colgada de los Alpes que la coronan de nieves diamantinas y de celestes lagos; atravesada por caudalosos ríos que siembran en sus venas asombrosa fecundidad; tendida entre el mar Tirreno y el mar Adriático que la refrescan con sus ondas y con sus brisas, y le dan seguros puertos para las naves del Oriente y del Occidente de Europa; estrecha, larga, brillante como una espada, cuyo pomo penetra en el corazón de Europa y cuya extrema punta se acerca al África; unida por el coro de sus islas, por Sicilia a Grecia, al mar de la Jonia al Asia, y por Cerdeña al Occidente, a Francia, a las Baleares; cercana a las Galias;

cercana a las tribus germánicas; cercana a Viena y a París, y a Constantinopla y a Ginebra; no hay duda, esta península había sido destinada en las leyes de la naturaleza, en los secretos de la Providencia, a civilizar el mundo.

Pero entre todas sus ciudades ocupa lugar prominente Florencia. No busquéis aquí el espacio amplísimo, el carácter moderno, el ruido y la animación de Milán; no busquéis la voluptuosa hermosura de esa bacante de las ciudades, ebria de goces, tendida sobre su campo de mil colores, ardiente como sus volcanes, de esa ciudad que se llama Nápoles; no busquéis la oriental poesía de Venecia, con sus lagunas que reverberan en mil matices la luz, con sus mares que os cantan el himno clásico de las playas helenas, con sus islas sembradas de jardines, con sus edificios de mármoles, de mosaicos, que parecen edificios de corales, de cristal de roca, teñidos por el iris del Asia: Florencia es grave, severísima, austera, como conviene a una ciudad etrusca. Sus piedras de construcción, enormes, colosales, sin ningún pulimento, parecen rocas amontonadas; sus largas galerías de columnas oscuras, de bóvedas sombrías, parecen claustros; sus palacios, coronados de almenas con sus torres y sus castillos fuertes, parecen fortalezas; sus iglesias parecen panteones; sus blancas estatuas resaltando sobre estos fondos de sombras, parecen muertos revestidos con el albo inmaculado sudario de la inmortalidad y de la gloria.

Y sin embargo, Florencia tiene también muchas joyas, muchas preseas de arquitectura armoniosa, muchos monumentos que cantan. Tiene la logia de Orcagna, donde se reunía este pueblo de artistas a departir sobre los hechos políticos, verdadero museo al aire libre, como una plaza de Atenas; con esculturas que han venido de la antigua Grecia; con grupos, como el robo de las Sabinas de Juan de Bolonia, que acusan todo el furor y todo el ímpetu de una raza de atletas; con estatuas, como el Perseo de Cellini, que es la efigie verdadera de la victoria del Renacimiento. Tiene el campanillo del Giotto, la torre que Carlos V quería poner bajo un fanal, torre semejante a un juguete de joyería, abierta por sus altas ojivas y sus menudas columnas al aire y a la luz, cincelada como un vaso de oro y plata, resaltando con sus mármoles de raros matices, junto a la rotonda de Santa María de las Flores, como incomparable columna que no acabáis jamas de mirar y de admirar, por lo ligera, por la graciosa, por la aérea. Tiene, finalmente, aquellas puertas de Guiberti, que no podéis comprender cómo se han cincelado en la Edad Media, por el friso de flores y de aves que parecen brotar del seno mismo de la naturaleza; por la perfección del dibujo, que parece pertenecer a la edad rafaélica; por la amplitud de las perspectivas, que creeríais fondos y horizontes de los cuadros venecianos; por la agrupación de los personajes y de las figuras, que son obras de la madurez del juicio refrenando a la impetuosidad de la inspiración; por aquellas estatuitas, tan serenas, tan armoniosas, tan bellas, que llevan en su frente la alborada de un nuevo día del espíritu humano, y en sus labios el vagido anticipadísimo de un nuevo mundo engendrándose en las

próvidas entrañas de los futuros tiempos.

Pero, aparte de estos monumentos, Florencia es ciudad de un gusto austerísimo, del cual podéis formaros idea con sólo recordar los caracteres capitales de la arquitectura toscana. Sus palacios no tienen pórticos, sus columnas no tienen adornos, sus piedras no tienen aquella blancura de marfil que tienen las piedras de la catedral de Milán, y mucho menos aquellos colores del iris que ostentan los edificios de Venecia, con escalinatas de mármol, paredes de ladrillo-rosa, columnas y chapiteles de jaspe, mosaicos de cristales al aire libre, cúpulas y torres coronadas por estatuas de bronce con aureolas de oro. Aquí todo es grave, sencillo, sólido, majestuosísimo, sobrio, y al mismo tiempo elegante. Diríase que ni Roma, ni Grecia, ni los lombardos, ni los godos, ni los franceses, ni los alemanes, ni los españoles, ni todas las irrupciones desatadas sobre su privilegiado suelo han podido arrancar las hondas raíces del antiguo genio etrusco.

Lo que verdaderamente hay de gracioso en Florencia es la campiña. Yo jamás me cansaré de admirarla. No tiene la riqueza vegetal de nuestras vegas de Valencia, de Granada y de Murcia. No veis el nopal gigantesco, ora cargado de amarillas flores, ora de grandes frutos, y siempre erizado de espinas, que mezcla sus pesadas hojarascas con el agudo y bronceado cactus del aloe, sobre el cual se levanta una especie de áureo candelabro de varias ramas terminadas por flores semejantes al girasol puesto hacia arriba, mirando al cielo. No veis mezclados, confundidos, los naranjales con los granados, de blancas y olientes flores los unos, de rojas flores los otros, que dan una fiesta a los ojos, sobre todo si entre ellos so lanza erguida a lo infinito la palmera del desierto con su sombría y severa corona y sus racimos de ámbar. Aquí la vegetación es menos lujosa, pero no menos bella. Junto al oscuro olivo, el claro moral; junto al verde pino de gigantesca copa, el negro ciprés formando melancólicas pirámides; junto al umbroso y esférico castaño cargado de erizos, el gallardo álamo de Lombardía soportando el festón de sus parras entrelazadas en caprichosas e interminables guirnaldas; al pie del secular nogal, ciruelos, perales, albaricoqueros, melocotoneros; por todas partes vergeles sin término, viñedos sin número, jardines floridos en todo tiempo, una vegetación que convida con su gracia y con su alegría a la felicidad de respirar y de vivir. Pero esta vegetación fuera uniforme si estuviese como la espléndida y viciosa de Lombardía, tendida en espaciosísima llanura. Aquí el terreno es quebrado: las montañas de Umbría, con sus matices de azul oscuro al Este, las cordilleras del Apenino al Oeste, en las cuales predomina el matiz morado; en el fondo el valle del Amo, a cuyas dos orillas se elevan como un grandioso intercolumnio, en forma de rotondas, de pirámides, arquitecturales colinas separadas por verdes y floridas cañadas, que riegan varios arroyuelos, pero colinas todas graciosas, rientes., llenos sus costados de granjas, de quintas, de jardines, de huertos, y sus cimas coronadas por iglesias, monasterios, palacios, torres, castillos, que medio muestran y medio esconden sus muros entre bosques

de cipreses y de pinos, los cuales, con sus fuertes contrastes en el color y en el dibujo, dan al paisaje indescriptible armonía.

Sobre las bellezas naturales de estos montes y de estas colinas resplandecen las bellezas históricas. Ahí está, en montecillo cónico, al Nordeste, sobre vergeles y jardines, la cuna del místico pintor que trazaba sus vírgenes de rodillas y que había visto y oído por un milagro de fe en los arreboles de su inspiración santísima los ángeles del cielo. Regada por estas fecundas aguas del Amo, se levanta la casa paterna de aquel genio extraordinario que fue ingeniero, y matemático, y pintor, y arquitecto, y físico, y geólogo, y escultor, y médico, y filósofo, como si el espíritu humano, ese mar infinito, se hubiera subido a una sola cabeza. Ahí se descubre, entre colinas umbrosas donde las flores brotan ¿millares, el delicioso jardín nunca bastante alabado, en que el gran satírico, el comentador del Dante, viendo a sus pies Florencia entregada a todos los horrores de la peste, so entregó al placer, a la risa, y fundó entre beso y beso, trago y trago, carcajada y carcajada, acompañado de dos coros de bellas damas y cumplidos caballeros en su centón de cuentos inmortales, aunque obscenos, la prosa italiana. En estas arenas trazaba sus figuras, sus bocetos primeros el niño misterioso, el pastor inspirado, que llamaban de consuno la naturaleza y la historia desde su profunda oscuridad a entrar en el cielo del arte, a ser el padre de la pintura cristiana, a desceñir las vírgenes y los santos de la angosta envoltura bizantina. En la nieve que caía sobre estos jardines amontonada por los muchachuelos florentinos durante sus ruidosos juegos, modelaba las colosales figuras que habían de indicar en los caminos del progreso la transfiguración de la humanidad, el escultor del David, del Moisés y de la Noche. En las encrucijadas oscuras de esas calles, en los largos muros de esas pesadas casas se dibujaba la sombra siniestra de aquel que tenía en su mente todas las promesas del cielo, en su corazón todos loa dolores del infierno en su ser, único y solitario en las edades, sin que le abrumara, el peso colosal de la epopeya católica. El bronce de sus puertas señala el perfeccionamiento de la escultura; el yeso de sus altares, resplandecientes de colores y matices varios, cielos del espíritu, espacios de la humana creación, señalan el perfeccionamiento de la pintura. A la sombra de estos pinos, al rumor de estas aguas, al pié de estas colinas el genio de la antigüedad sacudió el sueño de quince siglos, y reanudó el hilo interrumpido de la historia, y restituyó sus olvidados derechos a la naturaleza, convirtiendo en hombres los penitentes de la Edad Media. En sus pórticos, en sus intercolumnios, coronada por sus laureles, reanimada por su luz y por su calor, se elevó de nuevo al cielo el alma de Platón, destilando la miel del Hibla para contrastar el acíbar que habían mezclado a nuestro pan los horrores del feudalismo y de la teocracia. En su genio flexible, en su agudeza ática, en su finura incomparable, en su historia dramática cual ninguna, encontró aquel escritor, de todos los políticos maldecido y de casi todos aprovechado, las profundas observaciones sobre las desgracias, y las penas, y las calamidades sociales. Sus piedras, amontonadas por el genio de la arquitectura, sustituyen a la mística ojiva,

el triunfal arco romano. Sus monumentos ven las agitaciones de una democracia tempestuosa y serena, al mismo tiempo con rasgos de héroe y temperamento de artista, una democracia como la democracia ateniense, capaz de vencer en el gimnasio, en el combate, en el taller y en la escuela. En su seno se juntaron por un momento la Iglesia de Occidente con la Iglesia de Oriente, como si hubiera logrado la moderna Florencia resucitar el poder de la antigua Roma. En sus plazas se oye todavía la voz del fraile que logró fundar una república sin más gobierno que el invisible gobierno de Cristo. En sus altísimas torres se dibuja la colosal figura de aquel genio que reveló al mundo los secretos del cielo, que probó con el péndulo el movimiento del planeta, que escudriñó con el telescopio las estrellas, y que vino a morir bajo el trasparente cielo de Florencia, y a tener en el seno de esta ciudad única el sepulcro de sus huesos y el templo de su gloria. Aquí, aquí, el joven sublime, el Dios inmortal de las formas plásticas, el que revistió a la figura humana la belleza griega, volviendo de la Umbría, su cuna, de Sienna, su escuela, dejó para siempre los terrores místicos que daban rigidez a sus figuras, entró de lleno en el seno de la humanidad y de la naturaleza, engendrando en su cerúleo pensamiento esas vírgenes, realización maravillosa del tipo eterno de la hermosura perfecta.

¿No os habéis detenido algunas veces a contemplar en la historia el destino de las ciudades? La materia cósmica se halla extendida, espaciada, difusa, en la inmensidad. Pero algunos puntos, algunos núcleos la reúnen, la condensan, yen soles, en mundos, en aerolitos, en cometas la irradian, la revelan, como diciendo : «he ahí la luz.» Así están las ideas en la conciencia humana, esparcidas, espaciadas, difusas, impalpables; y algunas ciudades las recogen, las condensan; y hacen con las ideas lo que los astros con la luz, revelarlas, difundirlas, embellecerlas. Babilonia es la ciudad de la astrología y de la magia; Jerusalén es la ciudad de Dios; Atenas es la ciudad de la filosofía y del arte; Tiro es la ciudad del trabajo y del comercio; Roma es la ciudad de la política y del derecho; Alejandría es la ciudad que une la teología judaica con la ciencia griega, para llevar el filtro de todas las ideas al seno del cristianismo; Aquisgran es la ciudad del imperio carlovingio; Córdoba es la ciudad que revela en la noche de la teocracia la antigua filosofía y las nuevas verdades, el aristotelismo y la química; Ausburgo es la Nicea del protestantismo germánico; Ginebra la escuela religiosa de los republicanos del Nuevo-Mundo; Washington, nacida ayer, la estrella de la democracia universal; París, a pesar de su ancianidad y de sus viejas tradiciones, la capital de la revolución.

Florencia, que ha vivido durante largos siglos entre tempestades de ideas y combates homéricos en su inquieta democracia, y ha puesto el cincel en las manos de Andrés de Pisa y de Guiberti para que esculpieran las puertas del nuevo paraíso; y ha dado a Lúeas de la Robia el dulce crepúsculo de helenismo y de cristianismo para que en él brillarán sus lucientes figuras de porcelana; y ha revelado la anatomía del cuerpo humano y la fecundidad de la naturaleza a Donatello; y ha llevado en sus

entrañas, sin estallar, al Titán de las artes, al sublime Miguel Ángel; y ha cincelado el oro recién traído del Nuevo Mundo, con el mágico estilete de Benvenuto; y ha inspirado a Brunelleschi, el cual puso montañas sobre montañas, como los antiguos cíclopes, para crearla severa arquitectura moderna; y ha sido escuela ¿ un tiempo de Cimabué, el último de los bizantinos, y de Giotto, el primero de los pintores, y templo donde Fra Angélico esparció sus vírgenes y sus ángeles, nacidos de una inspiración sin mancha y dotados de una vida sin pecado; y academia donde tienen altares desde las graciosas figuras del Sarto hasta las colosales de Fra Bartolomeo; y ha prestado al Dante sus terrores, al Bocaccio su risa, al Sansovino su armonía, a Maquiavelo sus cóleras, a Pico de la Mirándola su saber, a Rafael su perfección, a Marsilio Ficino su elocuencia platónica, a Savonarola su inspiración, a León X su culto por las artes, a Galileo su luz, bien puede decirse que es y será eternamente la madre de la civilización moderna, la ciudad por excelencia del Renacimiento.

Los que estudian superficialmente la historia atribuyen las grandezas de Florencia a la dinastía de los Médicis, No saben sin duda que los Médicis recogen los frutos de la República como recoge octubre la cosecha, cuyas flores ha pintado Mayo, cuyas frutas han madurado julio y agosto. Los genios de las grandes épocas históricas han sido todos forjados en el fuego de la libertad, en el seno de la República. Augusto ha dado nombre a una época ilustre; pero Ovidio, Propercio, Virgilio, Horacio, Tito Livio, habían nacido y se habían criado en las agitaciones de la República romana. La cosecha de Augusto es la literatura de la decadencia latina, la literatura que debe optar entre la abyección o la muerte. Luis XIV da su nombre a otro siglo; pero Corneille, y Bossuet y Moliere pertenecen a las grandes y republicanas guerras de la Francia. Pericles habrá podido denominar una centuria; pero nadie duda que la madre fecunda de los genios de aquella centuria fue la República de Grecia. Los mismos hombres extraordinarios de fines del siglo décimoquinto y principios del siglo décimo-sexto en España, Colón, Hernán-Cortés, Pizarro, El Cano, Cisneros, Garcilaso de la Vega, Gónzalo de Córdoba, no pertenecen a los tiempos de la monarquía absoluta; pertenecen unos a las repúblicas, otros a los municipios democráticos, otros a las guerras feudales, otros a las tumultuosas cortes, otros al período revolucionario de las comunidades, todos a la agitación de la libertad, que es la misma agitación de la vida. Cuando el absolutismo se ha apoderado bien de las conciencias vienen los conceptualistas, los barrocos, los churriguerescos, los historiadores de la historia augusta; aquí inician, allá Marini, en todas partes la decadencia y la muerte.

Así, cuando Miguel Ángel disparó el arcabuzazo último en San Mimato contra los imperiales que iban a poner sobre Florencia el yugo eterno de la monarquía, en los postreros truenos de aquellas tempestades se desvaneció la ultima luz de la libertad, y vino, como el gran escultor significó tan admirablemente con la inspiración propia del genio en una de sus obras maestras, vino la Noche. Y por todas partes, por todas, se vio,

se tocó, se palpó la decadencia. Ya no se ven los palacios de la Señoría, del Podestá, de Pitti, de Strozzi, palacios maravillosos de comerciantes; un palacios teatrales, grandes, pero destituidos de toda inspiración, lejanas imitaciones de Versalles. San Gallo es el único arquitecto notable que pueden oponer a todas las innumerables legiones de arquitectos de la República. Y lo que decimos de la arquitectura, decimos de la pintura. En cuanto se funda definitivamente la monarquía absoluta pierde su originalidad, su inspiración, su brillo y se hace servil, imitadora, rutinaria, vana y amanerada; se deslumbra y muere. Y la escultura tiene que buscar penosamente artistas extranjeros a Italia, como Juan de Bolonia, para sostenerse un momento; pero caen sobre ella las universales tinieblas, y desfallece y muere. La República le dio su inspiración a Florencia, y con la República se extinguió este numen divino que ha dado alma a la civilización moderna.

La Historia del arte es también la Historia de la libertad.

Autor: Emilio Castelar

Artículo publicado en 1875